

IMPORTANCIA DEL LENGUAJE, SEGUN LA GRAMATICA GENERAL

SEÑOR SUB-SECRETARIO, SEÑORITA DIRECTORA, SEÑORES:

Habiendo tenido el honor de ser nombrada para hablar de un asunto tan elevado como lo es la "*importancia del lenguaje considerado según la Gramática General*," espero que mi inteligente y bondadoso auditorio, tenga en cuenta mi corta inteligencia, y la escasez de mis conocimientos en dicha materia, por el poco tiempo que llevo de estudiarla, para concederme su indulgencia; confiando en ella, principio á cumplir con la difícil tarea que se me ha confiado.

Pero antes de entrar en materia, en mi nombre y en el de mis compañeras, doy las más expresivas gracias al Señor Presidente de la República, al Señor Ministro, á la Señorita Directora, á los Señores Profesores y á todas las personas que han tomado parte en el establecimiento y progreso de este plantel, en el cual se le imparte instrucción á la mujer, que antiguamente permanecía sumergida en las tinieblas de la ignorancia, abriéndole un porvenir, puesto que en las diversas circunstancias de la vida su instrucción le servirá, ya para proveer á sus necesidades

de una manera honrosa, ya para educar á sus hijos, formando sus corazones con arreglo á los principios de la moral en sus diversos aspectos, y contribuyendo al desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y morales; en fin, para hacer de ellos unos individuos útiles á su familia, á la sociedad y á su patria.

Manifiesto también mi reconocimiento por la institución de estos ejercicios literarios en esta Escuela, que servirán, no sólo para que se juzgue de los adelantos en los estudios que en ella se hacen, sino también para que sean un aliciente que despierte en las alumnas el deseo de distinguirse y la emulación en sus respectivas clases. Hecha esta manifestación, emanada de mi gratitud, veamos el punto de que vamos á tratar, que como ya expuse, es: "*importancia del lenguaje considerado según la Gramática General*," es decir, el lenguaje formado por la palabra como signo de nuestro pensamiento.

Esta manera de considerar las palabras es enteramente nueva; pues aunque algunos filósofos de la antigüedad, como Platón, Aristóteles y otros ya las consideraban y estudiaban como signos de las ideas, estas consideraciones y estos estudios, no formaron una obra ordenada y completa, hasta que á mediados del siglo XVII los filósofos de Port-Royal, y especialmente Silvestre de Sacy en Francia, formularon los principios y leyes fijas á que está sujeta la expresión de nuestro pensamiento en todas las lenguas, elevándose de las reglas de la gramática particular á éstos; dándole á esta ciencia el nombre de "*Gramática General*."

Dicha ciencia tiene por base, la parte de la filosofía llamada "*Ideología*" y el estudio comparativo de todas las lenguas conocidas, antiguas y modernas, vivas y muertas, llamado "*Lingüística*;" siendo esta última muy importan-

te, pues por ella se han podido descifrar los libros sagrados, y los escritos antiguos, lo que ha venido á esparcir alguna luz sobre el origen del género humano, que permanecía envuelto en el velo impenetrable del misterio; y además, porque las obras inmortales de Homero, Platón, Aristóteles y todos los grandes pensadores de la antigüedad, y los hechos de los hombres célebres que vivieron entonces, serían desconocidos de nosotros, si la Lingüística no hubiera venido á prestarnos su poderosa ayuda.

Como ya dijimos, la palabra es uno de los signos de que nos podemos valer para la expresión de nuestras ideas; y decimos uno de los signos, porque para expresarlas nos podemos valer de una infinidad, como son los ademanes, los gestos ó ciertas figuras que vienen á constituir lenguajes que toman las denominaciones de lenguaje por excelencia ó lenguaje real, según que los signos los hagamos con los órganos de nuestro cuerpo, para comunicarnos con los presentes, ó nos valgamos de objetos materiales ó fenómenos físicos, como son los faros, las campanas, el telégrafo aéreo y otros, para comunicarnos con los ausentes; este último presta en algunas circunstancias grandes beneficios al hombre.

El lenguaje se divide también en mímico, oral y escrito. El mímico se compone de los fenómenos ó signos que se forman con el uso de objetos físicos ó materiales, ó con el de los órganos de nuestro cuerpo. El oral, se forma de la palabra, y el escrito, de los signos arbitrarios y convencionales de que nos valemos para representar las palabras.

El lenguaje formado por el uso de los órganos de nuestro cuerpo, se divide en dos clases: el de los fenómenos ó signos que se dirigen al sentido de la vista, y que se podría llamar lenguaje visual; y el de los fenómenos ó

signos que afectan el sentido del oído y que se llama lenguaje auditivo.

El lenguaje visual, como se forma del cambio de color del rostro, del brillo de los ojos y del movimiento de los músculos del rostro y de los miembros, se divide en lenguaje del color, y lenguaje del movimiento. El primero, se reduce á la palidez ó rubicundez del rostro y al brillo más ó menos vivo de los ojos; como no depende de nuestra voluntad, es casi nulo para las necesidades del pensamiento; pero en cambio, es muy poderoso para la verdadera expresión de las pasiones. El segundo, se debe á la contracción de los músculos del rostro, y al movimiento de los miembros superiores; como sus fenómenos dependen de nuestra voluntad, se presta á infinitas modificaciones. Se divide en dos clases: el de la fisonomía, ó sea contracción de los músculos del rostro, y el de los ademanes, ó sea el movimiento de los miembros, especialmente de los superiores. Este lenguaje es un poderoso auxiliar de la palabra; puesto que le da calor y movimiento al discurso, que sin él sería frío y poco expresivo; pero la más importante de sus aplicaciones es que por su medio nos podemos comunicar con los que están privados del oído, del uso de la palabra ó de ambas cosas; como los sordomudos, para los que es tan necesario como la palabra para los que hablan. Se le designa á menudo con el nombre de lenguaje en acción.

El lenguaje auditivo se forma de los sonidos producidos por el aire, que al ser expelido por los pulmones, ejerce más ó menos presión sobre las cuerdas vocales haciéndolas entrar en vibración. Estos sonidos pueden ser articulados, si al pasar por el tubo bucal reciben alguna modificación en los órganos adyacentes á dicho tubo, é inarticulados si no reciben ninguna.

Los primeros, forman ese signo de la inteligencia del hombre, llamado palabra, sublime insignia que el *Creador* le ha dado para distinguirlo de los animales irracionales; que lo pone en comunicación con sus semejantes, dándoles á conocer lo que pasa en su conciencia, es decir, exteriorizando sus pensamientos y conociendo los de los demás; desarrollando de esta manera sus facultades intelectuales y morales, porque los hombres privados del uso de ella, si desarrollan sus facultades es de un modo muy imperfecto.

Los sonidos inarticulados constituyen el lenguaje de los animales, y alguna vez el del hombre, cuando está dominado por alguna viva emoción.

Aunque algunos sostienen que la palabra es un lenguaje artificial, hay muy buenas opiniones para afirmar lo contrario; es decir, no que es un lenguaje natural, sino que participa de ambas cualidades.

Efectivamente, se llama lenguaje artificial, al elegido sistemáticamente por el hombre y convenido entre los que lo hablan; y natural, al que emplea involuntariamente sin previsión, expresando sin querer, lo que pasa en su interior. Como un ejemplo característico de este último, podemos citar los gritos del niño en la cuna. Ahora bien; para que la palabra fuera un lenguaje artificial, le falta la principal condición, que es la libre convención. Vemos que cuando un hombre inventa un lenguaje, elige arbitrariamente los signos, y les determina sentido; después lo propone á los demás hombres; si éstos lo aceptan, el lenguaje queda constituido; así se ha formado la nomenclatura química, la notación musical, la lengua de los sordomudos, inventada por el abate L'Epée y el abate Sicard. Los nombres de los inventores de estos sistemas han llegado hasta nosotros; ó por lo menos la fecha de su invención; pero con la palabra no sucede lo mismo; pues

de ella no se conoce ni la fecha de su nacimiento, ni el nombre de su inventor, ni el del país que le sirvió de cuna. Por otra parte, si ella es necesaria para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales, los hombres, desprovistos de este lenguaje no pudieron concebir, ni mucho menos ejecutar tan maravilloso invento. ¡¡*Con cuánta razón y verdad dijo Rousseau contra los que sostienen la invención artificial de la palabra: "Habría sido necesaria la palabra para inventar su uso"!!* Supuesto que el hombre no ha podido concebirla, ha tenido que aprenderla de otro; y éste á su vez de otro, así sucesivamente, y descendiendo hasta la más remota antigüedad llegaremos á un hombre que la recibió de un Sér Superior, confirmando lo que Moisés nos enseña en el principio del Génesis, acerca de la comunicación de nuestros primeros padres con Dios, de quien recibieron la palabra y el espíritu. Pero aunque la palabra en su origen es un lenguaje natural, se ha ido modificando por diversas circunstancias; siendo ya un signo arbitrario del pensamiento; no constituyendo un lenguaje artificial, porque como ya dijimos, sus signos no son convencionales, por mejor decir, tiene cualidades artificiales y cualidades naturales.

El lenguaje escrito se debe, como ya dijimos, á los signos con que representamos las palabras. El origen de este lenguaje se pierde en el inmenso caos de los tiempos.

El lenguaje oral es el que estudia la "*Gramática General*," por su grande importancia, pues por él se transmiten las relaciones más delicadas de las ideas; él pone á los hombres en comunicación recíproca, desplegando sus facultades más nobles; y sin él dejarían de ser hombres para convertirse en brutos, y por consiguiente la sociedad política se destruiría.

Además, la palabra es un poderoso eslabón de las

ideas, no sólo para recordarlas, sino también para ligarlas á los juicios y raciocinios. Con ella tiene el espíritu una especie de memorándum al cual acude cuando necesita recordar, ordenar ó aclarar sus ideas. ¡Cuántas veces en una palabra sola se encierra el producto de largas operaciones, y basta sólo leerla ó pronunciarla, para que en el interior se desenvuelva el hilo de conocimientos adquiridos en largos años, y tal vez el fruto de los trabajos de la humanidad durante muchos siglos!

Si la palabra es muy importante, la escritura lo es más; pues mientras que la palabra es un signo limitado por el espacio y por el tiempo, la escritura triunfa de ambos. Sin la escritura, la historia quedaría reducida á una mera tradición oral; los hombres no podrían comunicar sus ideas á grandes distancias de espacio y tiempo, y sin ella, cuántas grandes concepciones se hubieran perdido en el abismo insondable de los siglos. Como la escritura no es más que la fiel representación de la palabra, la podemos considerar como un complemento de ella.

He dado á conocer, aunque imperfectamente, la importancia de la palabra; examinemos la superioridad que tiene tanto sobre el lenguaje visual, como sobre el de los sonidos inarticulados.

Las cualidades que principalmente elevan al lenguaje oral sobre el visual, son que valiéndonos de él podemos dar á conocer mayor número de ideas, y con mayor precisión; que exige menor atención, puesto que se la atrae por su sonoridad y viveza, en tanto que el lenguaje visual, como se dirige á la vista, la menor distracción en la mirada basta para perder el hilo del discurso, y la falta de luz imposibilita la conversación; además, como el órgano del sonido y el auditivo están unidos íntimamente, el sonido tiende á reproducirse en el oyente de manera que oír es

hablar ya. No pasa lo mismo con la relación que se establece entre las imágenes que la vista percibe y los movimientos que los miembros ejecutan; aquí la reproducción, si la hay, es artificial.

Estas son las ventajas que tiene sobre el lenguaje visual; examinemos la que tiene sobre el de los sonidos inarticulados.

Como el lenguaje oral se presta á infinitas modulaciones, tiene más riqueza y variedad en sonidos distintos que el de los sonidos inarticulados, como lo demuestra el prodigioso número de lenguas que se han formado, por cambios que sufrió en su estructura la palabra primitiva, á causa de la influencia de los climas, caracteres y costumbres de las razas, y del progreso intelectual de la humanidad.

Al ver los admirables efectos de la palabra y la superioridad que tiene sobre todos los lenguajes, se presenta á nuestro espíritu la siguiente cuestión: ¿Cuál fué la primera palabra pronunciada por el hombre? Se cree, y con razón, que al presentarse por vez primera ante sus ojos el espléndido espectáculo que ofrece la naturaleza, quedó extático, mudo; pero pasado ese primer momento de estupor, al dirigir su vista, ora al firmamento en el cual resplandecía el grandioso luminar que creería un globo de fuego rodando de Oriente á Poniente; ora á los campos y praderas que se extendían ante su vista, esmaltados de bellísimas flores, y en los cuales se deslizaba lánguidamente sobre un lecho de esmeraldas la cinta argentada de un río; ora á las lejanas montañas más bellas aún por el contraste que ofrece el color azulado de su base, con el blanquecino de su cima, que al reflejar los rayos del sol simularía inmensa mole de plata; al contemplar tanta maravilla como se desplegaba ante sus ojos, exhaló un grito en el cual se encerraba

un himno de acción de gracias á aquel Sér Supremo, á aquella Inteligencia Superior, que había hecho surgir todas aquellas cosas de la nada; y ese grito es el de *Yhowá*, que con el transcurso del tiempo se convirtió en la palabra *Jehová*, que como sabemos, quiere decir Dios en la lengua hebrea; por esto mismo la palabra Dios, en todas las lenguas consta de tan pocas letras, como para expresar que es un grito involuntario, y por lo mismo corto motivado por la emoción.

Debería hacer á pesar de mi incompetencia un examen del origen y de la formación de cada una de las lenguas que se hablan en el globo, pero lo omito, haciendo sólo una excepción en favor de nuestra lengua nativa; la sonora, variada y hermosa lengua española, cuya historia referiré aunque sea á grandes rasgos.

Los idiomas que se hablaban en España antes de que los romanos fueran á conquistarla y llevaran el latín, lengua madre del español, francés é italiano, eran el vascón ó éuskaro, el celtibérico, el bástulo y el turdetano.

Ya establecidos los romanos, se hablaban el latín, griego, hebreo, caldeo y fenicio; y cuando vino la invasión goda, á principios del siglo V, el latín empezó á corromperse al mezclarse á la lengua de los conquistadores, formando varios dialectos que prevalecieron en España hasta el año de 711 en el siglo VIII, en que los árabes la invadieron derrocando la monarquía goda, en la persona de su último Rey D. Rodrigo, apoderándose de la mayor parte de España, donde dominó su idioma. Solamente algunos pueblos en los que la invasión árabe no llegó ó si llegó no fué estable, conservaron sus dialectos primitivos. En tanto, los magnates godos, el Clero y la nobleza, que se habían retirado á las montañas de Asturias, decidieron emprender la reconquista unidos á los aldeanos y á las órdenes de D. Pe-

layo. En reñido combate venció D. Pelayo á los moros en Covadonga; y después de varios hechos de armas favorables á los godos, éstos fundaron el pequeño reino de León. En él empezó á formarse el verdadero romance que se generalizó y pulió en alto grado durante el reinado de D. Alfonso II el Casto, á principios del siglo IX. De esta fecha, data la era de su progreso, la cual podemos dividir en siete épocas. La primera que se considera desde el siglo X hasta principios del XIII y en la que se escribió el poema del Cid; la segunda desde el siglo XIII hasta principios del XV, en que floreció el Rey D. Alfonso X, el sabio autor de las Siete Partidas; la tercera desde el siglo XV hasta principios del XVI, distinguiéndose en ella D^a Isabel la Católica, cuyos escritos revelan grande elevación de espíritu é ideas muy avanzadas para el siglo en que vivió; la época cuarta que comprende desde principios hasta mediados del siglo XVI y en la que descuellan Garcilaso de la Vega, Lope de Rueda y Pedro Simón de Abril; la época quinta, del último tercio del siglo XVI hasta el XVII, durante los reinados de Felipe II y Felipe III. Esta época es una de las más notables, pues en ella llegó la lengua á su mayor apogeo. En medio de tantos ingenios como florecieron en aquella época, destácase brillando como una estrella de primera magnitud el príncipe de la elocuencia española, el célebre Fray Luis de León. El fué el que le dió mayor elegancia y majestad al habla española, que desde que sus escritos se dieron á luz empezó á adquirir toda la sonoridad y belleza que la caracteriza. A su lado, aunque en menor escala, resplandecen Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, Lope de Vega, Fray Gabriel Téllez, en el mundo de las letras Tirso de Molina, el ilustre historiador Fray Juan de Mariana y el célebre y esclarecido ingenio Don Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo solo nombre bastaría para

caracterizar esta época como *la edad de oro de las bellas letras*; y otros muchos, que sería largo enumerar, tan ilustres como los ya citados.

La época sexta que abraza el siglo XVII y mediados del XVIII, contrasta notablemente con la anterior, por la degradación que sufrió la lengua al introducirse en ella voces latinas y francesas, que en lugar de hermosearla la hicieron perder su elegancia y sonoridad.

En la época siguiente, que comprende desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, si bien no llegó á alcanzar toda la majestad y belleza que tenía por los años de 1600 y 1620, al menos se purgó de algunos de sus principales defectos.

Para lograr la supresión de lo que afeara el idioma, algunas personas iniciaron la fundación de una Academia de la Lengua, llevándose esto á efecto el año de 1713 por Felipe V. Dicha Academia ha ido progresando cada día más; estando formada al presente por insignes literatos y representada dignamente en nuestra patria por personas no menos ilustres y respetables.

La lengua española, si bien al pasar á nuestra patria no sufrió tanta modificación como el latín al pasar á España, no se libró enteramente de que algunas palabras de los dialectos que se hablaban en la Nación se introdujeran en ella, especialmente los nombres de las frutas, los de algunas prendas del vestido y los de algunos utensilios.

Con esto doy fin á mi tarea y espero que mi ilustrado y benévolo auditorio dispensará los errores en que haya podido incurrir.

Julio 11 de 1891.

MARÍA RIVERA.